

ARCANO CERO

SAMUEL NOYOLA

*oye sin instrumento
las ideas de un loco
que a la cobarde luz de tanto abismo
intenta desatarse de sí mismo*

LOPE DE VEGA

Entre las llamas frías de la tarde azulada
yo veía de la mar el cielo y sangre en la rosa
inclinarme mi canción a la luz de la página:
caligrafía o imagen, ideograma del silencio,
mi sangre entró de golpe a la escritura.

Por esa voz de Dios que en lo obscuro
llama a Samuel y canta David
fui un infante ritual de los altares:
mi espíritu gravitaba sereno
cegado por el aroma del incienso,
contrastes del mármol y el vino,
la túnica negra, el pan dorado,
el tránsito del coro que mece la nave,
y el latido de mi sangre mortal
que anima la pagana flor del vicio.

Artista entre espejos de cantina,
alquimista del álgebra y del alma:
donde me impulsaron al diez
yo sólo alcancé a ver el cero,
el gong del vacío,

salté:

Arrojado al viento desde el arco sagrado de los sentidos
mi llama ardió un lascivo verano
donde el azul desplegaba
un blanquísimo pueblo de palomas,
me embriagué con el vino de un otoño enfermo,
llegó el invierno beodo de miseria:
yo giraba en la invisible corriente de la intemperie,
ungido por el lácteo brillo del farol
que serpea sobre el fango en la noche,
como la estela de alcohol de mi padre
y el cirio orgulloso de la oración de mi madre.

Encontré que el pecado es un fetiche cristiano,
el bien una quimera,
que el ritmo es un caballo desbocado
y sus crines escriben
la cifra de la pasión en el aire,
que el espíritu es un espejo convexo,
la nada un silbido del ser.

Bufón o arlequín en caravana de circo
entonces huí al trópico:
allí, mecido por una brisa de sal
y bajo el bello zumbido del sol,
entre olas de risa y flores del mar,
eros fue la visión de un salto de espuma,
vocales que nacen de la memoria y el sueño:
inventar un nombre es alegría,
y su sonido verso, beso de luz en la sangre.

Adolescencia que temple la fiebre y la simetría:
allí también junto a una raza en guerra
las consignas fueron acústicos patibulos,
delirios de la razón que al déspota engendra,
lenguajes que atascan la lengua y la duda,
constantes criaderos de malaria mental.
Encandila la libertad, la traición,
el ebrio sacerdocio de la moral y el poder,
trueno de armas, ruido de muerte,
detonadores de la historia y la miseria:
sin embargo allí encontré
el origen de una mezquina descendencia.

Regresé a ser sombra dantesca de ciudad,
a llamar río un lecho de piedras
como el que con salario dice ganar la vida,
dejando tras de mí el vibrar de un murmullo,
el caos de un no se qué que queda balbuciendo.

Pero el vacío de nuevo me enamora:
el ojo destella contra el cielo
y en su fondo con vértigo
estalla el relámpago de una mujer desnuda,
su cabellera desatada se derrama en mi cuerpo
al ritmo de un cabriolear sensitivo y violento.

Gira el carrusel del cero y sigue sonando el mar,
estar arriba o abajo es lo que menos importa,
nunca me siento solo en el oleaje intenso de la escritura,
nadar quiere mi llama hacia la otra orilla,
el arsenal del cuerpo es una inteligencia mística,
solamente los sentidos son plenos frente al tiempo:
cantar, respirar, bailar, escuchar, besar y ver,
siempre serán los verbos del presente eterno.

Cerro Las Mitras, a 8 de febrero de 1986.

